

Historia de amor en la Embajada en Moscú

HERNAN MILLAS

Muy poco para contar dejó la Unión Soviética en Chile. En sus 24 años de existencia, apenas en diez hubo relaciones diplomáticas. En la Revolución de Octubre, era Presidente el último representante de la oligarquía, Juan Luis Santistevan. Para las elecciones del 20, las del Círculo Lindo, la campaña del terror advirtió que, de triunfar Arturo Alessandri Palma, el Lede, Chile caería en manos de los "rojos" y degollarían los "bolcheviques".

Cuando el triunfo, tuvo bien cuidado de no mencionar unas posibles relaciones con Moscú.

El general Borda, por temor de medidas que fueran, no se arriesgó a establecer relaciones. Cuando advino la República Socialista el 4 de junio de 1932, ésta tampoco se atrevió ni siquiera a intercambiar cónsules. Carlos Dávila fue enfático: "Lo último que pensábamos sería abrir relaciones". Estados Unidos no había reconocido a la Junta y ésta se empeñaba en acrediatar buena conducta.

Tampoco el Frente Popular se atrevió a establecer relaciones. Don Pedro Aguirre precisaba tranquilizar a una derecha que resistiría en su contra otra campaña del terror.

La iniciativa la tomó el Presidente Juan Antonio Ríos en 1944. "Es absurdo" —dijo— "que si Estados Unidos, el país anticomunista por esencia, mantiene relaciones, Chile tenga el complejo del que dirán. Además, el intercambio de embajadas no significa que ambos gobiernos coincidan en su posición política".

Temores conservadores

Ríos le hizo el encargo a su embajador en Washington, Marcial Mora, para que conversara con su colega, el embajador soviético Gromyko. El 11 de diciembre de 1944 se efectuó el cambio de cartas protocolares. Habían transcurrido 27 años de la Revolución Roja. "El Kremlin podrá disponer en Santiago de una casa para que sus agentes, con pasaporte diplomático, atiendan la revolución", señaló el conservador *El Diario Ilustrado*.

Pero parece que a Stalin le daba igual tener o no relaciones, y que tampoco los radicos que gobernaron en Chile deseaban mostrarse muy interesados, porque tardaron que transcurrieron 19 meses para que se acreditaran los embajadores.

El soviético Dimitri Alekséndrovich Zhukov apareció en Santiago en agosto de 1946, dos meses después que falleciera el Presidente Ríos. Le correspondió presentar sus credenciales al vicepresidente, el radical (haciéndolo triguero) Alfredo Duhalde.

A su vez, en Moscú hacia lo mismo el chileno Luis Eloy Cruz Ocampo. Como el Kremlin y La Moneda intercambiaban las primeras miradas, ante el recelo de la Derecha que observaba con pavor, no se envió a un político. Cruz Ocampo, entonces de 55 años, era abogado, profesor de la Universidad de la Universidad de

PELIGRA LA VIDA DE MI NUERA CLAMA EL EMBAJADOR CRUZ OCAMPO

Un viejo anuncio de periódico acusa al Embajador chileno Luis Eloy Cruz y a su esposa Lidia Lesina, que se casaron en 1947, de querer matar a su nuera, la señora María Antonia González, que se casó con el hermano menor de Cruz. La señora González, que es una mujer de 60 años, dice que su marido, Luis Eloy Cruz, la amenaza de muerte y la obliga a vivir en Moscú. La señora González dice que su marido es un comunista y que él dice: "¿Qué es de东方? Muerte sólo que la muerte".

Chile declaró rehenes a Yukov y 40 soviéticos mientras la URSS retenga a la morena Lidia Lesina

ALVARO Y SUS DOS HERMANAS

Casa de Alvaro y Lidia conociéronse a la prensa de 1947.

Concepción. Un intelectual repetido, autor del libro *La interiorización del arte*, en la que reafirma *La Deshumanización del Arte*, de Ortega y Gasset.

Apilados en una casa

Con expectación y curiosidad fue recibido Zhukov. Pasaría a convertirse en personaje de observación. La primera pregunta que le formulabas no sólo los periodistas, sino que también otros embajadores, es si era parente del muralista soviético Zhukov, héroe de la batalla de Stalingrado y que un año antes con sus tropas había ocupado Berlín. El diplomático replicaba que los Zhukov eran tan numerosos como los González.

Los periodistas obviaron el problema y decidieron escribir su apellido igual como se pronunciaba. Pidió a llamarle Yukov.

Pero eso no sería todo. Lo primero que causó sensación es que Zhukov necesitó de buena parte de un barco para llegar a Valparaíso. Viajaba con su mujer y sus dos niños, pero la Misión se compone de 51 miembros.

Embajador de rehen

Fue entonces que Gabriel González le dijo a Germán Vergara: "Muy bien. Entonces desde este momento el embajador soviético y la misión son rehenes".

Ya 18 soviéticos se habían marchado, y el embajador se debió quedar con el resto (33) y su familia, esperando un barco. La actitud resuelta del gobierno chileno hizo modificar la ironidad soviética. Le comunicaron al embajador que podrían salir él, su esposa, sus tres hijos y su hijo Alvaro.

—Y mi nuera? —preguntó el embajador.

Sobre "nuestra" ciudadana, la camarada Lidia Lesina, la situación se mantuvo igual.

Y se le citó una ley promulgada en febrero de ese año, o sea tres meses después de haberse efectuado el matrimonio, que prohibía el matrimonio de soviéticos con extranjeros. Se había dictado una ley especial contra

esa muchacha soviética. En una carta enviada a un familiar, Cruz Ocampo contaba todos. "Las tres cuartas partes de la KGB", diría *El Diario Ilustrado*. El número contrastaba con los tres miembros de la Embajada chilena en Moscú, aparte, por supuesto, de la familia del embajador.

Lo segundo es que, contra los auspicios de los corredores de propiedades, los moscovitas no arrendaron 51 casas y departamentos, sino que una sola. Igual como lo hacen los chinos en su Embajada en la avenida Pedro de Valdivia, los soviéticos se amontonaron en un chalet que arrendaron en el número 1970 de la calle Biarritz en Providencia. Con la diferencia de que el edificio de los chinos tiene siete pisos y fue construido para albergarlos a todos. En cambio, el de los rusos era un chalet con doce habitaciones.

Subasta picante

Bien poco tiempo duró Zhukov. Cuatro meses después, el Presidente Gabriel González Viñela arremetió contra los comunistas. El PC pasó desde la cúspide del poder a la silla del ostracismo, y su Comité Central y sus dirigentes fueron a parar a los campos de concentración que se habilitaron en Pisagua, Huasco, Codop y otros lugares inhóspitos.

El 22 de octubre de 1947, el canciller Germán Vergara Donoso firmó a Zhukov para comunicarle el remoción de relaciones con su país.

El conocido matrillero Nicolás Martícorena en un consejo recibió con agrado el encargo del embajador de sacar a remate todas las pertenencias. Pero luego vino la decepción: el amoblado y menaje eran de pacotilla, no propios de una embajada. Parecía que los soviéticos estaban preparados para durar poco. El remate resultó un fracaso. Noticias Gieffenes tituló: "Picante fue el remate". Hasta la cantora estaba saltada.

El dormitorio matrimonial de Díaz y Nisa salió en 25 mil pesos, unos 200 mil de hoy. El

miércoles que él de sus hijos, Nicolai y Alexiev, se remataba en 6 mil 900. Lo que mejor se vendió fue un auto Studebaker del año 42 —o sea modelo de cinco años atrás—, en cien mil pesos.

Romance en Moscú

Pero Zhukov seguiría haciendo noticia. Y lo mismo el embajador chileno en Moscú, Cruz Ocampo. Su único hijo varón, Alvaro Cruz López Heredia, se había enamorado de una hermosa moscovita, Lidia Lesina. En noviembre del año anterior, la pareja se casó y el novio quiso que pasaran la luna de miel en los lagos del sur chileno, para que ella conociera su país.

Cruz Ocampo pensó que le darian la visa a su nuera. Ya era casada con un chileno, éste era hijo del embajador, y, además, las relaciones entonces estaban bien y beso. Pero le llevó la grata sorpresa, cuando los funcionarios del Comisariado de Relaciones Exteriores, trecamente, le respondieron:

—No hay inconveniente para que abandone nuestro territorio su hijo, pero la camarada Lidia Lesina no puede salir. Es ciudadana soviética, fue educada por el Estado soviético, y tiene que desarrollar sus actividades en su patria.

Fue en vano que el embajador sostuvo que, desde el momento en que había constrainto estancar con un hijo de un diplomático, gozaba de inmunidad extraterritorial. Así lo garantizaban las leyes internacionales.

Y no pudieron salir.

Cruz Ocampo esperaba conseguir el ansiado salvavidas para su nuera, cuando se produjo la ruptura. Ahí el caso se puso más difícil. Stalin no sólo no aceptó que saliese Lidia, sino que incluso toda la familia Cruz-López Heredia (tenía tres hijas adolescentes, Ximena, Amelia y Valentina). El entonces subsecretario de Relaciones Exteriores, Enrique Bernstein, recurrió a los buenos oficios de la Embajada argentina en Moscú. El embajador encontró solamente evasivas de parte de los funcionarios.

das las vicisitudes que padecía su nuera Lidia: "Ha recibido directas y veladas amenazas de muerte si no rompe inmediatamente todo vínculo con su marido chileno... ya nadie de los parentes de Lidia se atreve a visitarla por temor a las represalias de la policía soviética, que día y noche nos vigila... Las antigua amigas de Lidia la llaman continuamente por teléfono para insultarla y gritarle maldiciones".

Ese año 1947 fue el más sanguinario en las purgas de Stalin. La pareja demostró "que el amor es más fuerte" y arrostró todas las pruebas.

El elegante Aníkin

Dicenete años más tarde, en diciembre de 1964, en el gobierno de Frei, Chile reanudaba relaciones con la Unión Soviética. En el Kremlin, Stalin ya era un mal recuerdo, recién Nikita había sido depuesto y Leonid Brezhnev era el nuevo hombre fuerte.

En vez del omnipotente Zhukov, llegó el elegante y femenino Alexander Aníkin, de un metro 92 centímetros. Era otra cosa: nada de armar, sino que adquirió en 300 mil dólares (110 millones de pesos), la mansión de Carlos Yáñez, la que alquiló espléndidamente. En su primera conferencia de prensa, correron el vodka y el caviar.

Al mismo tiempo, en Moscú, el chileno Máximo Pacheco Gómez presentaba sus cartas credenciales al soviético Anatoli Mikoyan. Pacheco, destacado abogado (*rey senador*), casado con Adriana Marie Alessandri, se había llevado a Moscú una buena parte de la "Patria Joven": ocho hijos. El primer mes tuvieron que alojarse en un hotel, después estuvieron en una "dacha" cerca de Moscú, y luego pudieron arrendarle al Estado una magnífica mansión, vecina a la Embajada argentina, y que fue palacio en tiempos de los zares. Los hijos del embajador, todos en edad escolar, fueron matriculados en la Escuela Pública 91 de Moscú, donde expresaron su sorpresa porque se enseñaba la química, la física y el álgebra desde los primeros años.

Aunque no llegaba la penesina, era otra Unión Soviética. La familia Pacheco Matte no tuvo dificultades para ir los domingos a misa en una iglesia católica.

Cuando se produjo el golpe, nueve años después, el embajador soviético no tuvo que recurrir a una casa de remates. La mansión quedó bajo la custodia de la India, la que durante 18 años custodió hasta que se cortase el césped de sus jardines. Pero el nuevo embajador, Pavlov, duraría menos que sus antecesores. Advertiendo que la URSS se convertiría en "ex", renunció sin esperar ni que llegase un sucesor. Dijo que en una universidad en Miami le habían ofrecido trabajo. Los funcionarios que quedaron buscaron una cotizada que les hiciera la nueva bandera, que era la vieja —azul, roja y blanca— del Padrelocito Zar.

Historia de amor en la Embajada en Moscú [artículo] Orlando Millas.

Libros y documentos

AUTORÍA

Millas, Orlando, 1918-1991

FECHA DE PUBLICACIÓN

1992

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Historia de amor en la Embajada en Moscú [artículo] Orlando Millas.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)